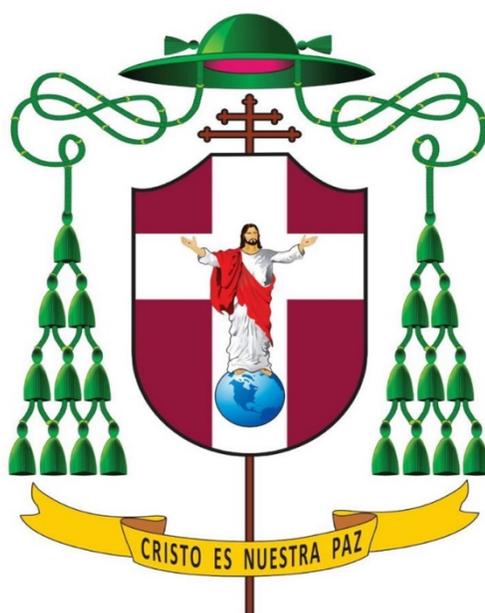


Arquidiócesis de Morelia



MONS. CARLOS GARFIAS MERLOS
IX ARZOBISPO DE MORELIA

HOMILÍA
MISA CRISMAL
2020

8 de abril de 2020

“Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados.
Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados.
Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados
para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor”.

Papa Francisco

Estimados hermanos Obispos, Sacerdotes y Diáconos:

Los saludo con cariño y alegría en Cristo el Ungido, nuestra Paz y nuestro Bien. Antes que nada, los felicito de todo corazón con motivo de este día sacerdotal, en el que conmemoramos la Institución del Sacramento del Orden, regalo del Señor para su Iglesia y para el mundo.

Gracias a todos ustedes: Consejo Episcopal y Vicarios Foráneos, que por las circunstancias que estamos viviendo de la contingencia del Covid-19, representan a todo nuestro querido presbiterio de esta Arquidiócesis de Morelia.

En ustedes saludo a todos los sacerdotes, que seguramente nos siguen en vivo por las plataformas digitales de nuestra Arquidiócesis, también extendiendo mi saludo a todos los sacerdotes ancianos que están en sus hogares, a los sacerdotes enfermos y a todos los sacerdotes que no vinieron por la contingencia sanitaria y que están presentes aquí “*en espíritu y en verdad*”.

Queridos hermanos sacerdotes, que los días que estamos viviendo en nuestro País ante este gran desafío llamado Covid-19, signifique para nosotros pastores, el momento de fortalecer nuestra fe y confianza en nuestro Padre providente. Reconociendo que sus efectos han llegado y pueden dañar también la vida de los presbíteros (PGP. 71). Que junto al pueblo con el que peregrinamos sepamos enfrentar con serenidad y responsabilidad esta emergencia sanitaria.

El Jueves Santo, que, por motivos pastorales, celebramos hoy en esta Misa Crismal, es el día en el que el Señor encomendó a los doce la tarea sacerdotal de celebrar, con el pan y el vino, el Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre hasta su regreso.

Hermanos, el misterio del sacerdocio de la Iglesia está en el hecho de que nosotros, en virtud del Sacramento, podemos hablar con su «yo»: «*in persona Christi*». Jesús quiere ejercer su sacerdocio a través de nosotros. Este misterio conmovedor, que en toda celebración del sacramento nos vuelve a tocar, lo recordamos de manera particular en el Jueves Santo. Para que el activismo diario no marchite lo que es grande y misterioso, necesitamos la conciencia personal de este recuerdo específico, necesitamos volver a aquella Hora en la que Él puso sus manos sobre nosotros y nos hizo partícipes de este misterio.

En el centro del Sacramento del Sacerdocio está el gesto antiquísimo de la imposición de las manos, con el que él tomó posesión de nosotros diciéndonos: «Tú me perteneces». Pero de este modo nos ha dicho también: «Tú estás bajo la protección de mis manos. Tú estás bajo la protección de mi corazón. Tú estas protegido bajo el hueco de mis manos y te encuentras en la inmensidad de mi amor. Estás en el espacio de mis manos; dame las tuyas».

Recordamos, además, que nuestras manos han quedado ungidas por el óleo, que es el signo del Espíritu Santo y de su fuerza. ¿Por qué las manos? Porque la mano del hombre es el instrumento de su acción, es el símbolo de su capacidad para afrontar el mundo. El Señor nos ha impuesto las manos y ahora quiere las nuestras para que, en el mundo, seamos las suyas.

En este tiempo de cuarentena por la contingencia del Covid-19, cuántas cosas no hacen las manos de nosotros los sacerdotes: santificar, bendecir, consagrar, ungir, transformar.... los sacerdotes en este tiempo de cuarentena es normal que pasemos por distintos momentos y estados emocionales: estrés, ansiedad, soledad, frustración, aburrimiento, enfado, sentimientos de miedo y desesperanza, etc. Estos efectos pueden durar o aparecer incluso posteriormente al confinamiento. Pero este tiempo no es un tiempo desocupado, de huir, de dispersarse, de desentendimiento humano, espiritual y pastoral, sino de unificar el corazón y los sentimientos para cuidarnos y servir mejor al Pueblo de Dios.

El Señor Jesús, en medio de esta tormenta, nos invita a despertar y a activar la solidaridad y la esperanza, nos pide ser capaces de dar solidez, contención y sentido en estas horas donde todo parece naufragar (Papa Francisco).

La pandemia actual es un tiempo y espacio fundamental para el fortalecimiento de nuestra vocación sacerdotal. La Iglesia se encuentra ante el llamado y el desafío de volver a su origen, así como al fin por el cual existe, es decir el servicio. El presbítero es capaz de nutrir la esperanza, de contener las angustias y de reducir los miedos.

Hermanos sacerdotes, en el gesto sacramental de la imposición de las manos por parte del Obispo, el mismo Señor es quien nos las impuso. En un primer momento, quizá le seguimos de manera insegura, mirando hacia atrás y preguntándonos si era éste realmente nuestro camino. Y en un determinado momento del camino, quizá hemos hecho la experiencia de Pedro tras la pesca milagrosa, es decir, nos asustamos por su grandeza, la grandeza de la misión, y por nuestra pequeñez, que nos lleva a echarnos para atrás: *«¡Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador!»* (Lucas 5, 8). Pero después, con gran bondad, nos ha tomado de la mano, nos ha atraído hacia sí y nos ha dicho: *«¡No tengas miedo!»*. Y en más de una ocasión a cada uno de nosotros quizá le ha sucedido lo que a Pedro, cuando al caminar sobre las aguas dirigiéndose hacia el Señor de repente se dio cuenta de que el agua no le sostenía y de que estaba a punto de hundirse. Y como Pedro hemos gritado: *«Señor, ¡sálvame!»* (Mateo, 14, 30).

Hoy dirijamos nuestra mirada a esas experiencias de los apóstoles y pongamos nuestro corazón en Él y dejémonos tomar de su mano. En medio de esta realidad que estamos viviendo del Covid-19 y de tantos otros males que aquejan a nuestros pueblos, dejemos que su mano nos tome, y entonces no nos hundiremos, sino que nos pondremos al servicio de la vida, que es más fuerte que la muerte, y del amor que es más fuerte que el odio. Que nuestras manos sacerdotales elevadas al cielo, así como transforman el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre del Señor, sigan elevadas para que sigan siendo un oasis donde nuestros fieles beban de la bendición y del Señor de la Vida.

En estos momentos de nuestra historia: el mundo, nuestros fieles, nuestras comunidades, nuestro presbiterio, tienen necesidad de Dios, no de un dios cualquiera, sino del Dios de Jesucristo, del Dios que se hizo carne y sangre, que nos amó hasta morir por nosotros, que resucitó y creó en sí mismo un espacio para el hombre. Este Dios tiene que vivir en nosotros y nosotros en él. Esta es nuestra llamada sacerdotal: sólo así nuestra acción de sacerdotes puede dar fruto. La contingencia sanitaria constituye una realidad para vivir desde la fraternidad sacerdotal el acompañamiento y también para continuar con la formación permanente que tanto enriquece la vida sacerdotal.

En esta Misa Crismal pidámosle a Dios que nos unja una y otra vez con su Espíritu para que nos apasionemos por crear un mundo lleno de esperanza, donde, desde Él, seamos la alternativa para vivir la paz y la justicia, la fraternidad y la solidaridad.

Que al renovar hoy nuestras Promesas Sacerdotales sintamos de nuevo su mano amorosa, tierna y paternal, para que, en esta situación de pandemia, en la que nos toca vivir aislados, estemos convencidos de redescubrir y profundizar el valor de la comunión ministerial que une a todos los miembros de la Iglesia.

Hermanos sacerdotes, en esta Misa Crismal tengamos encarnadas en nuestro corazón las palabras del Papa Francisco: *“Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor”*. Como sacerdotes y como miembros de este presbiterio de la Arquidiócesis de Morelia no nos sintamos solos, Cristo nos une, y aunque diferentes, formamos un solo Cuerpo, del cual Él es la Cabeza.

Que las manos de María de la Salud, patrona de nuestra Arquidiócesis, nos sigan guardando maternalmente para seguir llevando con alegría la Buena Noticia en nuestra amada Arquidiócesis de Morelia. Que ella nos bendiga a todos en esta pandemia, nos proteja del contagio, consuele a los enfermos e interceda por aquellas personas que han muerto por el Covid-19. Que ella, interceda por todos nosotros, para que el Espíritu Santo siga derramando sobre nosotros el óleo de la alegría y la unción sacerdotal.

Que así sea.

En Cristo, nuestra paz

+ Carlos Garfias Merlos
Arzobispo de Morelia